

nes desfilaron una tras otra á espaldas de las de Sarrut y Ferey, de seguida pasaron detrás de la de Foy, siempre situada en la aldea de Calvarosa de Arriba, y desandaron el camino que siguieron por la mañana, con intenciones bien distintas de las de una batalla, y con esperanza de otro resultado muy diverso. Toda la caballería inglesa se precipitó entonces sobre la division de Foy, que, no habiendo aun combatido, tenia el cargo de cubrir la retirada. Formada esta division en cuadro, recibió las masas de la caballería inglesa, les mató mucha gente, y retiróse en buen orden. Asi ya de noche se ganaron las orillas del Tormes y lo volvieron á pasar las tropas francesas sin ser perseguidas.

Tal fué esta funesta é involuntaria batalla, denominada de Salamanca ó de los Arapiles, que tuvo para el ejército inglés consecuencias muy imprevistas, pues le proporcionó una victoria inesperada en lugar de una retirada inevitable, y dió principio, segun va á verse, á la ruina de nuestros asuntos en España. Ciertamente, sin negar el mérito de lord Wellington ni las faltas del mariscal Marmont, este era el caso de creer en la fortuna, pues el resultado era desproporcionadísimo al mérito del caudillo de los ingleses y á las faltas del capitán de los franceses. ¡Una pelea inesperada, tres generales en jefe heridos uno tras otro, una confusion inaudita tras muchos dias de la marcha mas firme y venturosa, golpes eran harto terribles y aun puede decirse inmerecidos! Esta batalla suministraba una prueba mas de que el efecto moral en los sucesos de guerra es muy superior al efecto material las mas de las veces. Si de nues-

tro lado los generales Thomières y Ferey fueron muertos, y el mariscal Marmont, y los generales Bonnet, Clausel y Maucune heridos, del lado de los ingleses contóse el general Marchant entre los muertos, y el mariscal Beresford y los generales Cole, Leith y Cotton recibieron heridas no leves. Cinco ó seis mil hombres tuvimos fuera de combate, y se aproximaron á este número los que tuvieron los ingleses. Verdad es que además abandonamos nueve piezas de artillería, que bajadas de las cumbres á la llanura y habiendo perdido sus caballos, no pudieron ser retiradas. No era, pues, de monta la diferencia de los resultados materiales; pero las situaciones habian cambiado del todo. Ya no teníamos probabilidad ninguna de obligar á retroceder á los ingleses; por tanto necesitábamos retrogradar nosotros, con un ejército no abatido, aunque sí profundamente irritado por sus prolijas desventuras, al cual no sirvieron ni su incomparable denuedo, ni su resignacion á los padecimientos mas crueles, y que ya por una causa, ya por otra, y casi siempre por falta de armonía entre los generales, fué constantemente sacrificado. Necesario, era llevarle detrás del Duero, y quizá mas allá si se queria volverle á infundir confianza, y la resolucion de mostrarse nuevamente adicto á una guerra que en su buen juicio consideraba detestable, y á generales á quienes acusaba de todos sus infortunios. Al revés, ya lord Wellington era dueño de sostener la campaña en Castilla y á espaldas de los franceses, pues en ninguna parte habia fuerza capaz de hacerle cara. Delante de su ejército se iba á ver obligado el de Portugal á replegarse hasta que encontrara al ejército del Norte,

esto es, á larga distancia: débil en demasia era el ejército del centro para que osara acercársele; se hallaba fuera de alcance el ejército de Andalucía; por todo lo cual á eleccion del caudillo inglés quedaba perseguir al general Clausel para tratar de destruirle, ó lanzarse sobre Madrid, para entrar allí en triunfo. Tales eran las crueles consecuencias de la mala voluntad de los que no socorrieron al ejército de Portugal en tiempo oportuno, y de la imprudencia de los que le comprometieron á una batalla inútil.

Por fortuna de este ejército le llegaba, aunque tarde sin duda, un gefe digno de mandarle, y todavía con provecho. El general Clausel era joven, vigoroso de cuerpo y alma, poco instruido á la verdad y negligente con frecuencia, pero de imperturbable sangre fria, alternativamente impetuoso ó contenido, dotado de un golpe de vista superior sobre el terreno, y soportando, mitad por indolencia, mitad por energía de su mente, á pesar de no haber mandado nunca en gefe, las ansiedades del mando ni mas ni menos que los mas insignes capitanes. Estimado de los soldados por su denuedo, amado por su hombría de bien, figuraba como el único que aun pudiera alcanzar alguna sumision de ellos y hacerles sufrir, sin que se sublevaran, ejemplos de severidad.

Tomando, herido como estaba y de manos de generales tambien heridos, el mando en gefe, y tomándolo en medio de una derrota, apareció tan poco turbado, que en los espíritus volvió á reinar la calma y con la calma el órden. Sobre el Duero retrocedió el 23 de julio lo mas rápidamente que le fué posible. Habiendo intentado los ingleses

perseguirle con su caballería, les recibió en cuadro y maltratóles. Desgraciadamente un cuadro del 6.º de ligeros experimentó algun daño, por no formarse á tiempo, único accidente que sobrevino de esta clase. Pronto hallóse detrás del Duero, desembarazado de los ingleses, pero asaltado por una nube de guerrilleros, que, sin hacernos correr ningun peligro grave, degollaban á nuestros heridos, á nuestros rezagados y á nuestros forrageadores. Nuestros víveres estaban agotados, por haber consumido las tropas durante algunos dias de maniobras los recursos que el mariscal Marmont les habia proporcionado. Irritados los soldados por las crueldades de que eran victimas sus camaradas ante sus ojos, saqueaban, no solo con codicia, sino con barbarie, cuidándose poco de aniquilar un pais inhospitalario, que no podian guardar, y adonde esperaban no volver nunca. Mucho trabajo costó al general Clausel reprimir tales excesos, y repetidas veces sintió expirar la autoridad en sus manos. Sin embargo, gracias á su conducta, no cesó el ejército de presentar un conjunto que lord Wellington, en su laudable prudencia, no quiso acometer de nuevo.

A la sazón llegaba al cabo una parte de los socorros pedidos tan reiteradamente, tan sin fruto aguardados, y cuya inverosimilitud, despues de tan larga espera, habia contribuido á arrastrar al mariscal Marmont á operaciones temerarias. Ya el primer dia de la retirada encontró el general Clausel unos mil hombres enviados al fin por el general Caffarelli, y que consistian en dos regimientos de caballería y un destacamento de artillería montada. Grande irrisión era sin duda, y mereciera una

reprehension severa, si el general Caffarelli no tuviese por excusa su buena fé y la turbacion que le habia producido la aparicion de las escuadras inglesas en las costas de Vizcaya. Valeroso, pero falto de presencia de ánimo, creyó en un desembarco formidable, y envió no más que mil hombres, en lugar de los diez mil prometidos. Otro socorro, decisivo si llegara á tiempo, fué, no hallado, sino anunciado por un despacho de José en el instante en que el ejército repasaba el Duero. Este socorro se aproximaba á trece mil hombres, y lo componia casi todo el ejército del centro, que desesperando de su causa, se habia resuelto José á llevar á Salamanca en persona, gastando mas lentitud aun en anunciarlo que en conducirlo. Salido habia de Madrid el 24 de julio, y aunque tarde, no lo fuera del todo, si con tres ó cuatro dias de anticipacion participara al mariscal Marmont este movimiento. Desgraciadamente no escribió hasta el 21, dia de su salida de Madrid, y era imposible que el mariscal Marmont tuviese noticias del socorro el 22 en Salamanca. Prevenido á tiempo, este mariscal esperara sin duda, y aunque el número no sea un recurso seguro en una batalla tan mal comprometida como la de Salamanca, probablemente semejante refuerzo determinara á lord Wellington á levantar el campo á toda prisa, ó provocara combinaciones diferentes. De todos modos, gran desdicha fuera menester para que cincuenta y cinco mil franceses, tales como hubieran compuesto el ejército de Portugal despues de recibir este socorro, quedasen batidos por cuarenta mil ingleses, aumentados con quince mil españoles y portugueses.

¿Cómo llegaba asi este socorro? ¿Cómo llegaba tan tarde? ¿Cómo llegaba en suma? Es lo que hay que conocer ahora. Segun se ha visto, José habia expedido al mariscal Soult, no la orden de situar al conde de Erlon en frente del general Hill, para seguirle adonde fuera, sino la mas adecuada á las circunstancias de destacar inmediatamente diez mil hombres sobre el Tajo, para enviarlos al ejército de Portugal, y de desprenderse de estos diez mil hombres ó de su mando. Además José habia autorizado al mariscal Soult para restringir la ocupacion del territorio de Andalucía, si se consideraba debilitado para guardarla toda. Al parecer semejante orden no admitia tergiversacion ni réplica alguna, y ciertamente no la hallara, si procediera de un poder capaz de infundir respeto, esto es, de Napoleon en persona. Pero no fué asi, pues, valiéndose el mariscal Soult de un argumento ya usado, declaró que estaba pronto á la obediencia, bien que bajo una condicion que debia revelar á las claras, la de la evacuacion inmediata y completa de Andalucía, siéndole imposible mantenerse alli con diez mil hombres de menos. Este aserto era muy cuestionable. Contando el ejército de Andalucía muy cerca de sesenta mil combatientes, entre los noventa mil hombres de su efectivo, con cincuenta mil podia guardar por algun tiempo aquel territorio. Doce mil hombres bastaban en Granada, doce mil delante de Cádiz, y con veinte y cinco mil en los alrededores de Sevilla, se podia hacer frente á todos los sucesos durante algunas semanas, y especialmente contener al general Hill, no mandando mas de quince mil hombres, y no pensando por otra parte en abandonar á Badajoz.

No habia el mariscal Soult dejado tantos ni con mucho, cuando se trasladó á Extremadura, ora para sitiar á Badajoz, ora para dar la batalla de la Albuera. A esta nueva especie de negativa disfrazada, añadía el mariscal Soult consejos sobre el mejor plan de campaña contra los ingleses. Decía que, si se anhelaba apartarlos del Norte de la Península, habia un medio seguro de lograrlo, y era el de reforzar el ejército de Andalucía, en vez de disminuirlo, llevarle todo el ejército del centro, quizá el de Portugal de igual modo, y entonces, temiendo lord Wellington por Lisboa, se veria forzado á trasladarse del Norte al Mediodía.

Desde luego esta conducta era formalmente opuesta á las instrucciones, por las cuales Napoleón habia prescripto sacrificarlo todo al mantenimiento de las comunicaciones con Francia por las provincias del Norte, con cuya idea hizo independiente al ejército del Norte del ejército de Portugal, y trajo á éste del Tajo al Duero, á riesgo de aislar mas unos de otros á estos ejércitos que tanta necesidad tenian de estar juntos. Pero, aparte de esta violacion de las órdenes de Napoleón ¿se concibe lo que viniéramos á ser en España, si hallándose entregados el Norte y el centro de la Península á los ingleses, y dominante lord Wellington desde Vitoria hasta Bailen é insurreccionando todas las poblaciones con su presencia, se encontráran nuestros ejércitos confinados en Andalucía?

Por lo demás el rey José no pedia al mariscal Soult consejos, sino refuerzos para el ejército de Portugal. Viendo que no podia conseguirlos, difirió para mas tarde el cuidado de explicarse con

el gefe del ejército de Andalucía, y noticioso hora por hora del peligro creciente del mariscal Marmont, abrazó al fin el partido de ir personalmente en su ayuda. Quizá pudo estar ya pronto el 17 de julio, y partiendo con esta fecha llegara á tiempo delante de Salamanca. Pero, habiendo puesto el mariscal Suchet á su disposicion la division italiana de Palombins, y pudiendo ser llevada á Madrid esta fuerza, prefirió José operar con doce ó trece mil hombres en vez de diez mil, y por este motivo esperó hasta el 21 de julio. Reforzado con tres mil italianos, tenia á sus órdenes diez y ocho mil hombres. Estaba resuelto á no dejar mas que cinco mil de Madrid á Toledo, y á marchar con los demás á la provincia de Salamanca. Aun era tiempo entonces, si se apresurara á comunicar al mariscal Marmont el aviso. Lo omitió por desgracia, y solo el 21 escribió José á Marmont su partida y el principio de su movimiento (1). Llegado el 23 á

(1) El mariscal Jourdan, siempre justo, siempre veraz en sus Memorias, impresas por completo, salvo algunos ligeros cortes, en las Memorias del rey José, no ha explicado esta singular omision, que fué una verdadera desgracia, pues de aqui tuvo origen el que el mariscal Marmont, no contando con el ejército del centro, no le aguardase. Por lo demás el mariscal Jourdan, completo en sus explicaciones todas, solo halla dificultad en justificarse relativamente á la lentitud de las resoluciones, pues casi siempre, haciendo obrar á José con prudencia, le hacia obrar harto despacio. Efectivamente se necesitáran mas ardimiento y juventud que tenia el mariscal ilustre, para dar á José la vivacidad de impulso de que carecia, siéndole indispensable hasta lo sumo. Tal fué el juicio que Napoleón formó sobre todo este suceso, tan luego como se hubo aplacado acerca del desastre de Salamanca, de ma-

Villacastin, no supo hasta el 24 por vagos rumores la funesta batalla de Salamanca, y se mantuvo á distancia de los ingleses por no exponerse á una catastrofe en persona. Pero no quiso retroceder camino y volver á pasar inmediatamente las cumbres del Guadarrama, con la intencion de prestar algun servicio al ejército de Portugal si estaba á su alcance. Solo con su presencia prestóle uno verdadero, y fué el de ocupar la atencion de lord Wellington. Habiéndose comunicado con el general Clausel, y sabiendo que éste deseaba que el ejército del centro se mantuviese algun tiempo mas á la vista; á fin de que lord Wellington aflojara el paso, permaneció en el respaldo del Guadarrama, hasta que el ejército de Portugal se hubo retirado tranquilamente sobre Burgos, y le obligaron á replegarse hacia Madrid sus propios peligros. A esta capital regresó hondamente afectado, y no esperando mas que desastres de la deplorable situacion en que le iba á poner el suceso de Salamanca. De vuelta estuvo el 9 de agosto de aquella excursion que pudo ser tan fructuosa, y lo fué tan poco.

Desgraciadamente el partido que habia que tomar estaba harto indicado por la indole de las cosas y por el rudo golpe que se acababa de sentir encima. Batidos por no reunirse á tiempo contra el enemigo de todos, se hacia aun mas evidente la

nera de mostrarse respecto de su hermano, y del mayor general mas justo. Aprobó sus determinaciones, pero las consideró tardias. En el primer momento de irritacion, se manifestó severo en demasia, porque ignoraba los hechos, que nunca supo del todo: algo mejor enterado mas tarde y un poco sosegado, se atuvo al cargo de lentitud en que persistió siempre.

necesidad de concentrarse cuanto antes, y de hacer expiar la jornada de Salamanca á los ingleses en una gran batalla, dada con todas las fuerzas de que los franceses disponian en España. Pero no se podia alcanzar esta concentracion de fuerzas sino por virtud de la evacuacion inmediata de Andalucía, evacuacion sensible, y que José deploraba sobremanera al decretarla, pues su efecto moral debia ser funesto, y el gobierno de Cádiz no podria menos de recibir aliento poderoso. Conviene añadir que iban á ser interrumpidas y probablemente abandonadas ciertas intrigas con los descontentos de Cádiz y cuyo objeto propendia á ganar para la causa de Jo-é á mas de un personaje. Efectivamente, al operar las córtes de Cádiz reformas apreciables, si bien prematuras ó excesivas á veces, produjeron hondas divisiones, y muchos hombres, cansados unos de guerra, temerosos otros de una revolucion en España parecida á la francesa, se inclinaban á adherirse al gobierno de José en la creencia de que sin revolucion les daria paz y reformas. A hombres que pensaban y se expresaban de este modo, debiamos en parte la sumision de Aragon, de Valencia y Andalucía. Tales indicios de sumision iban á desaparecer con la evacuacion de este último territorio, y no menos que el mariscal Soult lo repugnaba su monarca. Pero, como para dispensarse de tamaño sacrificio se necesitara batir á los ingleses, y como no habia manera de lograrlo, únicamente el abandono inmediato y completo de Andalucía podia evitar las mayores desgracias. De consiguiente José escribió al mariscal Soult una carta severa, ordenándole de un modo absoluto, con la intimacion de entregar el man-

do al conde de Erlon si rehusaba la obediencia, evacuar á Andalucía, esto es, las líneas de Cádiz, Granada y Sevilla, salvar cuanto pudiera y replegarse hácia la Mancha. Con la incorporacion al ejército del centro de los sesenta mil combatientes del mariscal Soult se podia conservar á Madrid, y la agregacion del ejército de Portugal suministraría el medio de ir en busca de lord Wellington adonde quiera que se encontrara, y de darle una batalla decisiva con fuerzas que no dejaran indecisa la victoria. A tales condiciones se ahorraria el contratiempo de abandonar á Madrid, cosa que importaba mucho mas que la conservacion de Sevilla ó Granada. No obstante, lord Wellington se hallaba entre José y el ejército de Portugal, libre de elegir entre la persecucion del ejército vencido ó la entrada triunfal en la capital española, y verdaderamente se ignoraba á qué daria la preferencia. Si se decidia á marchar sobre la córte de Madrid, era evidente la necesidad de evacuarla pronto, pues no podia el mariscal Soult llegar á tiempo de salvarla.

Muy luego los movimientos de lord Wellington disiparon estas tristes dudas. Despues de perseguir algunos dias al ejército de Portugal y de ponerle fuera de juego, se detuvo en las inmediaciones de Valladolid, y retrocedió camino para marchar sobre la capital española. Sin embargo del efecto moral inmenso que debia producir al ocuparla, quizá pudiera adoptar mejor partido, pues, dedicándose á perseguir al ejército de Portugal sin tregua, en el estado de fatiga, de despecho, de rebeldia moral en que se hallaba, es muy dudoso que el general Clausel, á pesar de su vigor y de su

aplomo, alcanzara á preservarle de total ruina. No acudiera el ejército del Norte sino para sucumbir á su turno, y quedando destruida toda fuerza organizada entre Madrid y Bayona, el ilustre capitán inglés diera buena cuenta del resto, por ser poco presumible que encontrara en ninguna parte los ejércitos que ocupaban al Mediodía de la Península reunidos en tiempo oportuno. Sin duda alguna, si Napoleon se hallara en situacion semejante, á la vuelta de dos meses librara de franceses á España. ¡Tal es la diferencia entre el genio y el simple buen sentido! Pero el buen sentido se compensa con tantas otras ventajas que conviene guardarse bien de buscarle errores. Tambien hay que perdonar las debilidades aun á los mas sólidos caracteres. Lord Wellington, juicioso como era en alto grado, ocultaba debajo de una reserva tranquila una vanidad poco ordinaria. A sus ojos tenia un atractivo irresistible entrar en Madrid triunfalmente, y resolvió causar á José el daño que mas habia de dolerle, aun cuando no fuera el mas grande. Ostensiblemente dirigióse lord Wellington hácia Madrid desde el 10 de agosto. Tan luego como esta marcha del ejército inglés fué conocida, afectóse José profundamente y con fundamento, pues cuantos partidos quedaban á eleccion suya, se resentian de funestos y graves. Quizá conviniera replegarse sobre la Mancha, pudiéndose lisongear de encontrar allí al mariscal Soult de vuelta de Sevilla, como que, si el ejército del centro se juntara al de Andalucía, se estuviera en aptitud de dar á lord Wellington una batalla y de disputarle la capital española. No obstante, aun en este caso, extraña situacion fuera la de dar batalla á un ejército

victorioso, teniendo, si sufríamos una derrota, el Mediodía de España y el mar á la espalda, es decir, un abismo. De consiguiente este partido era muy peligroso, y tampoco habia para qué examinarlo formalmente, pues no se podia suponer al mariscal Soult en camino y en plena ejecucion de las órdenes comunicadas. Asi habia que optar entre ir á incorporarse al mariscal Soult en Sevilla ó al mariscal Suchet en Valencia. Entre estas dos determinaciones, la eleccion no era dudosa. Además de que Sevilla era la mas lejana de las provincias españolas, no estaba en comunicacion alguna con Francia, al par que Valencia se hallaba en fácil y segura relacion con los Pirineos por Tortosa, Tarragona, Lérida y Zaragoza. A mayor abundamiento se tenia la evidencia de encontrar allí un pais rico, sumiso, perfectamente administrado, y una acogida amistosa, no habiendo cesado de ser excelentes las relaciones entre el mariscal Suchet y su monarca. Finalmente, existia otra razon decisiva del todo, y era la posibilidad de llevar el ejército de Andalucía á Valencia, á la par que pecara de insensata la pretension de conducir el ejército de Aragon á Sevilla, pues, aun prescindiendo de la pérdida de Aragon y de Cataluña, que daria por resultado, se separarian las fuerzas todas para siempre de Francia.

Con tan sesudo consejero como el mariscal Jourdan, mal podia titubear el rey José respecto de la conducta que debia seguir en semejantes circunstancias. De consiguiente se encaminó sobre el Tajo, tomando la direccion de Valencia, y variando las órdenes expedidas al mariscal Soult anteriormente, le prescribió que fuera á unirsele por

Murcia. Pero habia que abandonar á Madrid, y este era un partido extremadamente doloroso. En medio de esta España, sublevada entera en su contra, habia hallado José cierto número de españoles, y algunos de nota por el nacimiento y la fortuna, que ora por amor á su persona dulce y atractiva, ora por ahorrar á su pais una guerra espantosa, ora en fin por el convencimiento de que toda civilizacion habia venido á España con las dinastías extrangeras, se declararon parciales suyos. Muchos empleados de orden inferior habia igualmente, que, habituados á la obediencia, continuaron á su servicio. Estos, á quienes se conocia con el nombre de *afrancesados*, se hallaban en Madrid sobre todo, y no subian á menos de diez mil individuos de ambos sexos y de todas edades. ¿Cómo abandonar estos infelices á la ferocidad de los españoles, ferocidad que es fuerza decir que igualaba á su patriotismo, y que no haciendo gracia á nuestros heridos y enfermos, aun perdonaria menos á sus compatriotas acusados de traidores? Dejarlos, equivalia á condenarlos á muerte: llevarlos consigo en el mes de agosto por entre las llanuras de la Mancha y los estériles montes de Cuenca, tambien equivalia á condenarlos á morir de hambre. Cruel era la alternativa, y sin embargo, como siempre se aspira á evitar el peligro mas cercano, al primer rumor de evacuacion quisieron partir todos. Se reunieron cuantos carruages de todas especies fué posible, y lo menos dos mil empezaron á salir de la capital de esta suerte el 10 de agosto, escoltados por el ejército del centro. Juntos con las tropas formaban una masa de cerca de veinte y cuatro mil individuos, provistos la mitad de armas, y

muy pocos de comestibles. José ofrecióles el solo consuelo que estaba en su mano, colocándose en medio de ellos para compartir sus infortunios. Llegado á las márgenes del Tajo, hácia Aranjuez, quiso averiguar si marchaba sobre Madrid todo el ejército anglo-portugués ó un simple destacamento de una ó dos divisiones, pues en este último caso podía disputar la capital ó al menos no alejarse mucho, y esperar en el contorno la llegada del ejército de Andalucía. El general Treilhard, jefe de una excelente division de dragones, fué encargado de reconocer el ejército inglés, para asegurarse de la realidad de las cosas. Ejecutólo en las inmediaciones de Majadahonda, á orillas del torrente de Guadarrama, con tanta oportunidad y energía, que dispersó la vanguardia inglesa, cogiéndola cuatrocientos hombres y tres piezas de artillería. No dejando ninguna duda los informes de los oficiales ingleses acerca de la presencia de lord Wellington en las puertas de Madrid con todas sus tropas, adoptóse al fin el partido de marchar por el camino de Ocaña, de Albacete y de Chinchilla sobre Valencia. Aun se dejaban en Madrid muchos enfermos y heridos. Se les juntó en el Retiro, fortificado contra las guerrillas y el pueblo de Madrid ya hácia largo tiempo, bien que no contra los ataques de un ejército regular, y situóse allí una guarnicion de mil doscientos hombres á las órdenes del coronel Laffond. Mil doscientos hombres sacrificados eran estos, pues por descuido del estado mayor de José, ni aun se habia adquirido la certidumbre de que el pozo del Retiro tuviese agua. Con todo, estos mil doscientos hombres iban á prestar un servicio importante, el de salvar á al-

gunos miles de enfermos y heridos del hierro de los guerrilleros, para entregarlos á los ingleses, que, portándose como cumple á una nacion civilizada, respetaba y hacia respetar á los hombres desarmados.

Abandonado fué el Tajo hácia el 15 de agosto con un calor sofocante y con muy escasos recursos. Este viage debia ser y fué sumamente penoso. Centenares de familias, algunas acomodadas, si bien las mas de ellas viviendo en Madrid de sus sueldos, y de raciones cuando faltaban las pagas, no teniendo ya este recurso en el camino, lo obstruian en carruages mal tirados, y todas las noches tendian la mano á los soldados para alcanzar algunas sobras de su merodeo. Donde quiera se encontraban los moradores huidos, los graneros vacíos ó quemados sin verse á ninguna persona que trocara por dinero un poco de pan ó de carne. En vez de habitantes se hallaban espantosos guerrilleros, matando sin piedad á cuantos se alejaban de la columna fugitiva. Por la mañana, aun sintiéndose cansados, ó enfermos, ó moribundos de hambre, no habia mas remedio que partir del rincón donde se habia pasado la noche, sino querian morir degollados los que se detuviesen á la vista misma de la retaguardia. ¡Véase lo que ya quedaba de la dignidad real de José que se habia creído tan fácil substituir á la de Carlos IV, y que ya habia costado el envio de seiscientos mil franceses, de los cuales apenas se contaban la mitad vivos!

Al cabo de algunos dias de tan penosa retirada, sucumbieron muchos de aquellos infelices. No pudiendo seguir cierto número de ellos, se enca-

minaron á las poblaciones, para implorar una piedad que no obtuvieron á menudo. Tambien desertaron bastantes españoles de los que componian la guardia de José, y al llegar á Chinchilla habia disminuido mucho la gente que emprendió desde Madrid la fuga. Ocupado estaba el fuerte de aquel nombre por el enemigo y obstruia el paso. Forzoso fué girar en torno muy trabajosamente y volver al camino algunas leguas mas lejos. En los confines de Valencia se hallaron las avanzadas del mariscal Suchet, y los que tuvieron fuerzas para seguir tan difícil viage, lograron la satisfaccion de verse en un pais quieto, poblado, opulento y amigo. Aun cuando esta visita producía al mariscal Suchet muy pesadas cargas, recibió con anhelo respetuoso al rey visitante, y con cierta especie de fraternidad á la tribu fugitiva que le seguía. Envanecerse podía el mariscal de enseñar á sus compatriotas aquel bosquejo de la guerra bien hecha y de la conquista bien administrada. Introdujo al rey José en Valencia, le proporcionó una acogida infinitamente mejor que la tuviera en Madrid nunca, y prodigó á cuantos le acompañaban la abundancia de sus almacenes. Ya habia enviado á Madrid mas de cinco millones en numerario: además pagó el sueldo á las tropas del ejército del centro, vistió á las que lo necesitaban, y proporcionó techo y víveres á todos los afrancesados. Estos se dieron por felices al ver al cabo en Valencia á compatriotas suyos sometidos á la nueva dinastía, pues en ellos encontraban tanta excusa por su adhesión á José, como simpatías de resultados de su miseria. Se habia entrado el 4.º de setiembre en Valencia, y resolvióse esperar allí con

descanso y cierta especie de bienestar la llegada del ejército de Andalucía.

Aunque al mariscal Soult repugnase mucho abandonar el territorio de su mando, ya no podia negarse á evacuarlo mas tiempo. No habiendo querido debilitarse en favor del ejército de Portugal durante algunas semanas, perdió la única manera de mantenerse en Andalucía. Permanecer allí fuera exponerse á la suerte del general Dupont. Retirarse sobre Valencia le convenia mas que retirarse sobre la Mancha, pues así evitaba al ejército de los ingleses, ignorando su marcha y su fuerza: además iba á tierra amiga, sosegada y provista de recursos de todas clases. Así espontáneamente pensaba en tomar este camino, cuando le llegaron órdenes recientes de José que se lo prescribían de igual modo, y por tanto esta vez fué fácil la obediencia. Con todo, no sin muchas zozobras se iba á hallar en presencia del rey de España, y de los dos mariscales, jueces y muy competentes de los últimos acontecimientos. Su parte en los infortunios que acabábamos de padecer no era la mas pequeña. Sin duda el general Caffarelli se habia alarmado fuera de sazón á la vista de algunas velas inglesas: despues de hacer cuanto pudo para obligar á los generales franceses á que se prestaran mútuo auxilio, cometió el rey José la falta de salir de Madrid ya tarde, y la mayor aun de avisar tardamente su salida: tambien el mariscal Marmont habia incurrido en el yerro de maniobrar imprudentemente ante un enemigo sagaz y resuelto, y con su ligereza comprometió al ejército de Portugal de una manera grave; ¡pero, cuánta parte caíbia al mariscal Soult en tales infortunios, siendo